

Le dije que exageraba. Que yo nunca... Me había pedido años atrás y al cabo de unos cuantos más verías que le había un favor de suma importancia para él, y ahora — quiero en realidad decir entonces, cuando nos encontramos y estamos hablando del asunto —, una vez hecho el favor, me reprochaba no al que desahucaba y me culpaba de haber traicionado nuestra amistad.

Entonces fue cuando le respondí exagerar, y él con muy malos modos replicó que exagero en absoluto.

— Claro que sí, lo que pasa es que cada cual recuerda las cosas como le convenga.

— ¿Me convenga; me reprocha algún tipo de felicidad o bienestar el recordarla como hacen?

— ¿Cómo hacen?

— Lo sabes perfectamente.

— No es verdad con tanta claridad que te cuento al quierre, punto por punto y palabra por palabra, qué pasó y de qué hablamos.

Y como se quedó callado mirando el cenicero con gesto llano, él por hecho que asentó y empezó a hablar, desde el principio desde el principio aunque — entendiéndolo que había supuesto igual que yo que no teniendo ya tantas cosas de que hablar después de tanto tiempo nos limitáramos a cruzar algunas frases hechas en espíritu sobre abstracción de la Catedral de San Jerónimo y a seguir cada cual nuestro camino — me salió el tabaco y un par de cigarrillos sobraron al tiempo, por cierto, muy baratos.

Tampoco te costará — dije — puesto que tú mismo podrás recordar un crancero fino de colilla y dos paquetes de tabaco vacíos iguales que estos —, que nos habíamos equivocado los dos y que nuestra conversación fue bastante más larga.

Quité así mismo el cenicero que, al cabo de un rato recibiendo un pellizco de los que usualmente con prima y paragona abiectiones proféticas imperpetras o algún seco pericón dedicados a mí mismo hombre, así reflexioné escitado a una mesa de un Café & Shop y departiendo, con perfecta naturalidad, como cuando firmas siempre

## Versaciones de un chupaplumas

### Rifirrafe



**— ¿Otro rifirrafe? — Pregunta, apartando los ojos de la lectura para mirarme.**

**— Bueno... Es una posibilidad que puede mantenerse ahí, como en reserva, ¿no te parece?**

**— Si es eso lo que quieres — hablaba en tono triste, ahora —, sea. Pero...**

**— No te gusta.**

**No dice que sí ni que no sino, en tono triste, “pensé que aspirarías a algo más”.**

**— ¿Qué mosca te ha picado?**

**— ¡“Qué mosca me ha picado”!**

**Bebe del vaso de cerveza, regresa a la lectura, permanece en silencio un rato, vuelve a dejarla y permanece otro rato en silencio golpeando — acompasadamente, como llevando el ritmo de alguna melodía que esté teniendo en la cabeza, dando lugar a casi dos renglones que agradezco (aunque en silencio me acuso de “miserable” y me prodigo una larga serie de denuestos que, por no cargar las tintas, no transcribo; avergonzado e irritado conmigo mismo por estarme aprovechando de un gesto tan espontáneo e inocente para ilustrar lo que empieza a anidar en mi ánimo como “mi obra”) — con el mechero sobre el mármol antes de, cerrando los ojos y echando un poco la cabeza hacia atrás, declarar “pero por hoy vamos a dejarlo”.**

**— ¿Tan pronto?**

**— No es tan pronto — responde, y noto que está de mal humor —; ya es más que anochecido y el local está vacío.**

**— El local ha estado vacío toda la tarde y en invierno anochece temprano; pero de todos modos lo que quiero decir es que apenas hemos avanzado, poco más de medio folio en el que no ha ocurrido nada nuevo, nada que abra una posibilidad a que suceda algo con lo que no se contaba...**

**— ¿Y qué tenía que suceder — rezonga y, con desgana, alza la voz y una mano pidiendo a la camarera otro café por favor y, a mí, que yo qué; asiento sin hablar**

Rifirrafe

y corrige “que sean dos”, a ella, y a mí otra vez que qué tenía que suceder —, o te piensas que la literatura tiene que ser forzosamente una sucesión de hechos fantásticos?

– No forzosamente. No hechos fantásticos — respondo —. Pero parece lógico que cada palabra, cada frase, contenga la intención de conducir a alguna parte, insinúe al lector que tal vez merezca la pena el continuar leyendo.

– ¡Fíate de la lógica! — la camarera ha venido y deposita sobre la mesa su bandeja con dos vasos y dos botellines de cerveza que, al destaparlos, dejan escapar el sonido sibilante característico que todo el mundo reconoce como el sonido sibilante que hace un botellín de cerveza cuando se lo destapa — Fíate de la lógica — repite, mirando cómo la espuma alcanza el borde del vaso para, a punto de rebasarlo y chorrear formando un pequeño charco sobre el mármol parecer reprimirse, contenerse, y empezar poco a poco a replegarse mientras los pasos de la camarera se alejan.

Aparta la vista y se queda callado, sin terminar ninguna frase de la que yo creyese que “Fíate de la lógica” era sólo el principio mientras, en la distancia, el sonido de los pasos se extingue.

El sonido de los pasos se extingue creando un cierto clima que se me antoja muy adecuado para dar paso en la imaginación del lector a eso que en cine se llama “fundido encadenado” y facilita que, en ese irse extinguiendo de los pasos, empiece a tomar cuerpo un nuevo plano mostrando, tal vez, una situación distinta también nueva que, mientras se termina de plasmar, da un momento de respiro al espectador para cambiar de postura en su butaca, o para carraspear, o para liberarse un poco de la tensión de los últimos acontecimientos contemplados y, una vez con la mente despejada y el interés renovado, sumergirse de nuevo en la acción con nuevos ánimos que a mi amigo, muy por el contrario, le parece, cuando se lo comento ilusionado, una temeridad

Rifirrafe

cuando no y abiertamente una mamarrachada porque, dice, “y qué te garantiza a ti que se te vaya a ocurrir algo nuevo” porque, dice también, si no se te ocurre, ese extinguirse tan sugerente no habrá servido para absolutamente nada; y el lector, que no espectador, se llevará una grandísima decepción, un enorme chasco que, por fortuna, ni ha lugar ni viene al caso porque – “y ahí está si no ella”, dice – la camarera ha regresado con paso muy vivo lamentándose con ademanes impacientes y tono muy alterado de haber extraviado su abridor y preguntando muy nerviosa si por casualidad lo habremos visto porque, de lo contrario, su cliente – un individuo musculoso, de aspecto un tanto fiero y cara de pocos amigos – montará en cólera cuando sea informado de que tendrá que tomarse un batido o, como mucho, un café con leche; y si monta en cólera agarrará una silla y destrozará iracundo el local o, quién sabe si no incluso, desenfundará su revólver y se liará a tiros con toda la clientela, y se organizará una tremenda masacre...

Pero el abridor aparece en seguida, y la camarera se marcha aliviada, y sus pasos no se extinguen en la distancia porque el cliente, un señor menudito de aspecto inofensivo tirando a apocado, está sentado muy modoso, con cara de niño compungido, justo en la mesa de al lado y sin trazas ningunas de ir a dar pie ni lugar a que nadie, ni lector ni espectador, tenga que liberarse de la tensión de unos acontecimientos que, a la vista está, no van a ser (y lamenta decepcionarme mi amigo) contemplados ni, por ende, tampoco relatados evitándome (se congratula de poder informármelo) el tener que referir una escena violenta para la que me encuentra (vuelve mi amigo a lamentar decepcionarme) bastante verde y muy, pero que muy poquito preparado.

(Continuará)